

“MI GALDOS”

Sr. Presidente del Cabildo. Ilustres Autoridades Civiles y Militares, colegas y amigos todos:

Si me propongo presentar a Vds. un relato esquemático de mis actitudes durante una larga vida de escritor frente a la personalidad literaria de esta colosal figura que en el Congreso que se inaugura hoy va a ser objeto de tanto estudio, no es por el dudoso gusto de hablar de mí mismo con pretexto de Galdós como algún malicioso pudiera pensar sino para reflexionar en voz alta sobre la obra creativa del artista y el ambiente histórico cultural de su época.

Esa relación, que muchas veces se tiende a pasar por alto, es innegable, y está cargada de consecuencias. Repercute muy decisivamente y de manera varia no sólo sobre la posición reconocida al artista, al escritor en nuestro caso, dentro de la sociedad y, por consiguiente, sobre su influencia, su popularidad, su fama, sino también sobre las características, forma y contenido de la producción artística misma.

Baste considerar al respecto las circunstancias del propio Galdós en la España de su juventud. Desde la perspectiva actual, su imagen es la del gran novelista que, en efecto, llegaría a ser; pero pensemos en aquel muchacho canario cuya vocación estética, todavía fluctuante, parecía inclinarse al cultivo de las letras.

En sus momentos iniciales, sin duda que para él constituyó el teatro la tentación inmediata y bien sabemos que hacia el género dramático apuntaron sus primeros intentos, pues en aquellos momentos ese género disfrutaba del máximo prestigio en la sociedad española. También tenemos constancia por su propio y muy concreto testimonio del descubrimiento que, en un momento dado, y a través de Balzac, haría nuestro joven escritor del que había llegado a ser ya el género dominante en la cultura europea de la época: la novela.

Esta forma de creación poética, a la vez instrumento de expresión intelectual e ideológica que él estaba destinado a levantar en lengua española a cumbres no inferiores a las más altas de su mundo contemporáneo.

Su ulterior y ya tardía incursión en el campo de la dramática testimonia, creo yo, una nostalgia de aquellos afanes y aspiraciones juveniles y, no hay duda de que sus piezas

dramáticas ocupan un lugar propio en la historia de nuestro teatro. Pero, con todo, secundarias dentro de su producción. La personalidad de Galdós es la de un novelista y su figura aparece a los ojos del público contemporáneo y de la posteridad de todos nosotros revestida de las peculiaridades que caracterizan a la profesión y oficio de tal novelista en la sociedad burguesa del s. XIX.

Condiciones que en algunos de mis estudios he procurado precisar yo. En concepto de novelista disfrutó en su tiempo Galdós de la notoriedad y de la admiración pública no sólo, y sobre todo, en el ámbito de las letras sino más allá de éstas, en terrenos donde por entonces le era concedido al ejercicio literario un alcance mucho mayor que el que hoy pueda tener.

La crisis del fin de siglo empezaría a alterar estas condiciones y así el tramo postrero de la carrera de nuestro gran novelista se vería marcado ya por la confrontación de una generación nueva: la que se conoce por la fecha de 1898.

Alguna vez he referido cómo mis primeras lecturas de niño provinciano se produjeron dentro de la atmósfera del apogeo galdosiano. Al rincón de mi provincia apenas habían llegado todavía, en los años de mi infancia, los ecos de aquel enfrentamiento literario generacional. Aún cuando en mi casa se conocía y celebraba por excepción alguna muestra de la nueva sensibilidad modernista, así quizá por razones locales *El Alcázar de las perlas* del poeta Francisco Villaespesa, que es una exaltación de la Alhambra y mi ciudad natal es Granada, los libros que poblaban nuestros estantes, empezando por los grandes clásicos y pasando por los románticos, se detenían en los varios novelistas del costumbrismo y del realismo: Pereda, Alarcón, Galdós mismo, Leopoldo Alas, ... Y yo, precoz aficionado, pude leer muchos de ellos. Con especial deleite leí las obras de Galdós que allí teníamos. No estaban todas, pero sí desde luego las más populares y combativas: recuerdo *Marianela*, recuerdo *Gloria*, recuerdo *Doña Perfecta*, recuerdo algunos de los primeros *Episodios Nacionales*.

También me he referido cómo, adolescente ya en Madrid, descubrí a los escritores de las generaciones siguientes y me apliqué con avidez a la lectura de sus obras. He hablado de la fase de desconcierto que hube de padecer a raíz de publicadas mis primeras novelas y, en fin, mi incorporación a la República de Las Letras y mi deslumbrada, entusiasta, adopción de la estética de vanguardia.

En aquel ambiente Galdós ya no estaba bien visto, ya no se llevaba por así decirlo: había pasado de moda, pues las cotizaciones literarias, las alternativas de aprecio y desestimación que marcan la vigencia social de los valores estéticos y que, en definitiva, establecen los capítulos de la Historia de la Literatura pueden ser sometidos al mismo tratamiento de las demás bogas, los cambios en la vestimenta, la decoración y el adorno, con las que, por otra parte, están conectados en el fondo.

Pasado el momento crítico y conflictivo, las aguas vuelven a su cauce, y en cuanto concierne a la figura de Galdós, no cabe estimación más alta que la definitivamente establecida hoy para su obra. Todavía a la fecha conviene, sin embargo decir alguna cosa acerca de la reacción antigaldosiana del 98. Creo yo, a la distancia, que puede descubrirse en ella no tanto una verdadera desvaloración como, paradójicamente, una especie de homenaje a la figura denostada. Pese a eventuales expresiones denigratorias, el hecho cierto y bien documentado es que ninguno de los grandes escritores de aquella por entonces nueva generación, dejaba de reconocer y apreciar la magnitud gigantesca de Galdós y que, si con variable dureza repudiaron su magisterio fue porque ya no hubiera tenido sentido alguno continuar trabajando en una línea en donde se había alcanzado una cota insuperable. Y

porque, dentro de un contexto histórico cambiado o en vías de cambio, los nuevos escritores sentían la urgencia de postular y afirmar su renovadora estética modernista, aristocratizante y minoritaria por esencia, apeando de su pedestal al mayor de los realistas..

Era un recurso de la guerra literaria. Precisamente en estos días, viniendo a Canarias, he estado leyendo un libro que acaba de publicar el filólogo, compañero mío en la Academia, Lázaro Carreter, y en ese libro se hace un estudio muy fino, muy detallado, de las diferencias de carácter estético y de carácter técnico que separan a los novelistas de la Generación el 98 de la gran figura del realista Galdós. Quiere decirnos que en ese rechazo de Galdós por los escritores del 98 lo que había, básicamente, era una diferencia de criterios estéticos y de composición literaria que iba dirigida a afirmar los nuevos valores que se estaban propugnando, sencillamente, pero no que ignorasen o desconocieran ellos la enorme estatura literaria de la gran figura contra la cual estaban reaccionando.

A conciencia de esta estatura señera, se combatía así en Galdós al máximo exponente literario de una época y una sociedad a la que se pretendía reformar, de un régimen que se pretendía desmontar pese a que nuestro escritor, Galdós, tales son las injusticias de la vida, hubiera sido y siguiese siendo fustigador implacable de ese régimen.

Pero, con eso y con todo, no sólo reconocían su magnitud literaria los novelistas del 98 sino que, en su propia creación, se vieron sometidos a la influencia suya. Algunos de los estudios incluidos en mi libro *Las plumas del Fénix* lo ponen de relieve con indisputable evidencia, al menos en cuanto se refiere a Unamuno.

Precisamente el caso de Unamuno es muy singular a este respecto. Cuando se publicó *El Amigo Manso*, Unamuno escribió nada menos que dos largos artículos reaccionando a este libro y comentándolo diversamente en muchísimos aspectos. Los artículos se titulaban "El amigo Galdós" y, ya digo, son estudios importantes y valiosos, pero no se fijaba, por casualidad, —lo digo entre comillas, "por casualidad"— Unamuno en un aspecto de esta novela que es de una gran singularidad y es el tratamiento del personaje y de la relación del autor, narrador y personaje. Supongo que todos ustedes recuerdan como comienza *El amigo Manso*. El capítulo inicial se titula "Yo no existo" y habla el protagonista de la novela: "Yo no existo". Y luego elabora esa afirmación diciendo: "Declaro, dice Manso, que ni siquiera soy el retrato de alguien y prometo que si alguno de esos profundizadores del día se mete a buscar semejanzas entre mi yo sin carne ni huesos y cualquier individuo susceptible de ser sometido a un ensayo de vivisección, ha de salir él a la defensa de mis fueros de mito. Soy, continúa diciendo, una condensación estética; diabólica hechura del pensamiento humano, *simia Dei*: "quimera soy, sueño de sueño, sombra de sombra, sospecha de una posibilidad,..." Y enseguida aparece el autor traído por el personaje: "Tengo yo un amigo... "Y ahí describe la actividad del novelador: "Tengo yo un amigo que..." en fin, describe Galdós a través de su personaje la posición del propio Galdós que había escrito un cierto número de novelas para la fecha, etc...

El personaje, por último, va a encarnarse con el autor y lo increpa; increpa el amigo Manso personaje, a su autor, Galdós, y le dice: "Hombre de Dios, le dice, ¿Quiere usted acabar de una vez conmigo y recoger esta carne mortal en que para divertirse me ha metido?" Bueno, pues todo ésto le pasa por alto a Unamuno en los dos artículos que escribe sobre la novela y, sin embargo, se ha aprovechado de ello y lo ha incorporado en su propia novela *Niebla*, de un modo muy exacto; es decir, quienes conozcan y recuerden la novela *Niebla* de

Unamuno, saben muy bien que ahí su personaje aparece como una creación de Unamuno y que se enfrenta con Unamuno mismo; y así como el amigo Manso le pide a Galdós que le mate, Pérez, el personaje de Unamuno, le pide a su autor que no lo mate, que lo deje vivir. Es paralelo, aunque en el sentido opuesto. Unamuno decía de sí mismo que habían dicho de él que era un zorro, pero él era dos zorros porque, como vasco, era dos zorros. Pues aquí está su zorrería: no dijo nada hablando de *El amigo Manso* de lo que realmente lo impresionó y lo marcó, y había de influir de un modo decisivo, porque es una extraordinaria novedad —novedad cervantina por otra parte, como todas las novedades en Literatura—, lo que era una novedad sensacional en esta creación particular de Galdós, *El amigo Manso*.

De modo que no solamente reconocían la importancia, la magnitud de Galdós, sino que recibían su influencia y de un modo tan concreto y tan taxativo como el que acabo de mostrar ahí.

Hay que decirlo: en dicha reacción antigaldosiana no participaron todos los miembros de las generaciones subsiguientes; es decir, las siguientes a la Generación del 98. El modernista Pérez de Ayala, por ejemplo, ponderaba, veneraba y glorificaba sin empacho a Don Benito no obstante confesar y practicar por su parte una estética muy distinta de la del viejo maestro. Pérez de Ayala era un modernista, igual que los del 98.

No obstante excepción tal y alguna otra como, por ejemplo, la del Dr. Marañón, era en general consigna de aquellos años el silenciar al menos la admiración hacia su obra. Y esto, por supuesto, que se extendía también al grupo vanguardista al que hube de incorporarme yo después de aparecidas mis dos primeras novelas. Incluso uno de los más destacados miembros de ese grupo, Antonio Espina, publicaría en la *Revista de Occidente* un ataque absurdamente agresivo contra Galdós, ejemplo lamentable de los extremos a que el impulso combativo pudo llevar a un hombre no sólo agudo e inteligente como era Antonio Espina, sino lo que es curioso, tan galdosiano como él era en más de un aspecto de su personalidad humana y aún de sus actividades literarias.

En cuanto a mí, imbuido de los postulados vanguardistas, cuando llegó el Centenario del nacimiento de don Benito y hallándome ya exiliado en Buenos Aires, publiqué en el *Diario de la Nación* un artículo donde me esforzaba por redimir, lo pongo entre comillas, "redimir", al maestro del dictado de "garbancero" mediante el recurso de expurgar de su prosa gemas vanguardistas y ponerlas en evidencia. Conviene señalar, entre paréntesis, que ese siempre aducido dicitio de "garbancero" no puede valer sin más como un juicio literario suscrito por Valle Inclán quien, en *Luces de Bohemia*, lo puso en boca de uno de sus personajes, el poeta modernista Dorio de Gadex, con propósitos caracterizadores muy oportunos y adecuados, aunque no exentos de malicia, claro.

Creo que será curioso ver cómo aquel artículo mío defendía ingenuamente la prosa del realista Galdós. Voy a permitirme leerlo —no es excesivamente largo— porque después de todo es un documento de historia literaria. Yo decía ya entonces: "Cuando pasado el juvenil afán que descubre continentes nuevos en un leer insaciable y sin discernimiento, quise apenas remansado el frenesí de las lecturas, definir mi conciencia literaria en una postura activa de estética beligerancia, entonces prevalecía en los miedos intelectuales españoles un juicio desfavorable hacia Galdós. Este juicio había sido formado por la Generación del 98 y, salvo actitudes individuales más o menos ilustres, pero que no alcanzaban a tener significación de grupo, no había sido rectificado por la generación siguiente. Estábamos viviendo la reacción

que inevitablemente sigue al auge de una fuerte personalidad. La de Galdós había llenado toda una época, bajo el doble signo de la autoridad espiritual y de la popularidad.

Y si le era disputada ahora la primera, seguía la segunda calentando su noble vejez donde la apariencia impasible, ciega y taciturna, guardaba un mundo de experiencias cuya riqueza nadie desconocía. Este mundo tenía, sin embargo que resultar odioso a la sensibilidad arisca de la Generación del 98 y tampoco era probable que la nuestra, incipiente, encontrara con él concordancia alguna. Los ideales estéticos que por aquellos días se hallaban en vigor y pretendían imponerse con energía incontrastable a las imaginaciones juveniles, más bien aconsejaban repelerlo.

Por encima de la múltiple y bullente contradicción de escuelas y de tendencias y hasta de modas, podía desprenderse de su conjunto la nota común de una acentuación de los valores formales acompañando o sirviendo a una pretensión de pureza —la pureza literaria— en que se retorció hasta la confusión o se simplificaba hasta el amaneramiento una literatura triturada y ya casi disuelta. Tales condiciones no eran por cierto las más adecuadas para apreciar a Galdós en simpatía y ya podíamos algunos tener la sensación de su magnitud que no por eso había de interesarnos. No debía interesarnos. Nuestras convicciones teóricas impedían que nos interesara. Ha sido menester que con el tiempo, y todo lo que el tiempo ha traído, se deshagan las posiciones de escuela, decaigan las recetas y se olvide la secuela de prejuicios, para que ahora se nos aparezca Galdós, en el Centenario de su nacimiento, revestido de una grandeza que había de imponerse a las pasajeras beligerancias de grupo literario y a las actitudes nacidas de un credo estético que radica en la intrínseca calidad de su obra. Ingente, incommovible, ahí está, con sus excelencias y sus defectos, sostenida en sí misma.

Los reproches principales que sus detractores le dirigieron podían reducirse a estos dos: descuido en el estilo y vulgaridad de espíritu. Que el estilo galdosiano es descuidado a veces y hasta con demasiada frecuencia, quién lo negará. Su prosa pierde en ocasiones el vigor, esa característica lozanía de sus buenos momentos, para hacerse desmayada, floja y hasta ramplona, cayendo en chapucerías. Sin embargo, justo es reconocer que no es el descuido lo que da la tónica de esa prosa. Por lo común se mantiene en un despliegue terso, con un empaque y una sencilla dignidad que le otorgan calidad artística. Y sus caídas están compensadas por hallazgos de estilo y, sobre todo, de imagen, donde la corriente fácil, suelta y continua del discurso, se detiene complacida en un juego lleno de encanto.

Muchos de esos hallazgos consentirían, dada su consistencia, ser aislados, extraídos del contexto en que se encuentran, segregados, sustantivados; y entonces habrían de resplandecer en su valor absoluto. Ven ustedes: ese entusiasmo por la imagen literaria, por la metáfora brillante, me lleva a señalar que se pueden sacar de la prosa de Galdós, tales imágenes y tales metáforas. Como si hubiera hecho falta, por supuesto.

Qué suma poética no hubiera podido componerse con esos materiales que en insospechadas concreciones imaginísticas arrastra como al descuido la densa prosa del narrador". Y termino señalando en ese trabajo que realmente el valor de Galdós, a pesar de todo, no debe de encontrarse precisamente en el estilo superficial, en el estilo de la prosa, sino en el arte de la composición novelística, que es lo que realmente constituye su grandeza, su magnitud literaria.

Sigo con el desarrollo de mis experiencias acerca de Galdós. Pero, en verdad, la época de la vanguardia, movimiento muy fecundo, no tanto en obras como en la tarea de despejar el ambiente literario, había pasado ya cuando en 1943 escribí yo ese artículo.

Otro era el ambiente y otras las perspectivas con que había reanudado ya en aquel momento yo mi actividad literaria en el campo de la creación imaginaria. Las adquisiciones de la vanguardia estaban asumidas de manera irrevocable y la experiencia terrible de la guerra civil empezaba a fructificar en mi narrativa, ahora ya no en contacto con las capillas, escuelas y grupos que componen la República de las Letras, sino en la soledad del destierro. De ahí en adelante mi actitud frente a la obra de Galdós, que nunca había dejado de admirar y disfrutar, no se vería mediatizada o velada por prejuicios circunstanciales de escuela o de grupo. Ciertamente es que para entonces, transcurrido el tiempo y habiendo padecido entretanto el mundo el implacable peso abrumador de un lapso histórico tan cargado de tragedia, la figura de nuestro máximo novelista del s. XIX había pasado definitivamente a la historia y, fuera de toda posible discusión, quedaba establecida para siempre en el Parnaso entre las mayores del arte narrativa moderna. Anhelante yo, en mi avatar como profesor universitario de Literatura Hispana en América, es claro que debí dedicar tanto dentro de mis cursos como en públicas conferencias, bastante atención al estudio de su obra. Y, fruto de esa atención debida, en mi actividad docente o al margen de ella, fueron los varios ensayos críticos que hoy, en estas mis postrimerías de enseñante retirado y escritor todavía en activo, he reunido en el libro cuyo título mencioné antes, *Las Plumas del Fénix*.

Mi contribución a la tarea tan copiosa que muchos eruditos han llevado a cabo en relación con Galdós durante sucesivas décadas, no ha sido ciertamente muy voluminosa, pero tampoco nimia. Creo haber aportado, con independencia y a mi manera, que es la que me consiente o me impone mi propia condición de escritor, observaciones, percepciones y puntos de vista peculiares, destacando así en la novelística galdosiana aspectos singulares que quizá no habían sido tenidos antes en cuenta.

En suma: mi estimación y mi gusto por la obra de Galdós se mantuvieron invariables durante toda mi vida; pero a lo largo de ella he podido precisar y registrar tres fases distintas en la relación de nuestro gran novelista con el mundo: Desde el rincón provinciano de mi niñez y adolescencia fui testigo de la admiración y general reconocimiento del gran novelista, más allá de las disputas ideológicas de la época y por encima de ellas, porque en realidad se discutía en las familias no literarias, en las familias burguesas; se discutía y se contraponían las obras de Galdós y las de los demás novelistas de aquel entonces, con verdaderas polémicas ideológicas.

Luego, en mi primera juventud, asistí al cuestionamiento literario que de su figura se había empezado a hacer, todavía en vida del maestro.

Y, por fin, convertido ya éste en estatua inmortal, he visto crecer y extenderse el culto acucioso de que lo vienen haciendo objeto tan distinguidos estudiosos del mundo entero.

Es seguro que, por virtud de sus esfuerzos, ha de quedar fijado para siempre su nombre entre los grandes de la literatura universal.

Muchas gracias, Señores.

Francisco Ayala

Transcripción de la grabación de la conferencia dictada con motivo de la Apertura del IV Congreso Internacional Galdosiano, en Las Palmas de Gran Canaria